

3 VENADO

CARLOS CHIMAL

UNO

“**L**a noche. Todo regresaba a ese instante hibernal en el que para vivir más cabalmente los animales se funden con su propia imagen. La noche, cuando el agua delgada sabe a pájaros y el olor de la aurora aún se moja en el agua inminente del golfo. La noche, la gran bocanada de salud, la que protege a los hermanos desconocidos de la ceiba”. Lejos de Aldama se podía leer, pensaba Flamenca, frente a una cascada gorda, cruda, lustral que caía sobre la espalda de granito. Sílabas violetas del mar del norte entraban a saco por los acantilados. O al menos eso creía ella mientras acariciaba su redondez.

Flamenca lo había visto todo desde la ventana. La hembra preñada del venado rompió el hielo tierno y se hundió en el lago. Adame salió corriendo del granero con una cuerda y se deslizó por el piso incierto. Trastabilló. La temperatura descendía con premura hasta congelar las almas, incluso las más ardientes y deseosas. La futura madre del venado había hecho un agujero del tamaño de un automóvil en el centro y nadaba en círculos. Empujó sus largas patas negras y brillosas hacia el hielo, a fin de clavarlas en algún punto firme. Apenas había logrado sujetarse, el hielo falso se hizo pedazos de nuevo. Adame se acercó y vio en sus ojos el terror declarado. Corrió más fuerte, con la cuerda gruesa en las manos. Entonces se abrió el hielo bajo sus pies. En segundos sintió la intensa humedad. Y la temperatura seguía bajando. Podía escuchar en su cabeza la voz de Flamenca, cuyos dolores iban en aumento, diciéndole: “estúpido”. Los ojos de la hembra se abrieron aún más, convencida de que Adame venía a romperle el cuello. El hielo se fracturaba, producía sonidos secos, mientras los cuerpos se revolvían en el agua. El agujero creció. Por un momento Adame estuvo realmente cerca de la hembra. Pero la cuerda mojada pesaba el doble y no pudo controlar sus movimientos. Pocos minutos más y tendrían que ir por él, tieso y con hipotermia en los pulmones. Tiró la cuerda y falló. La hembra, aterrorizada, hundió sus patas en

otra orilla y volvió a fracasar. Sólo consiguió separar un trozo más grande, una pequeña isleta en ese agujero oscuro. Adame nadó hasta allí y salió a flote. Perdió la cuerda, tomó aire y se impulsó hacia una orilla, gracias al extraño salvavidas. A una distancia prudente saltó hacia el hielo firme del lago congelado, lejos del agujero y de la hembra que había sido incapaz de auxiliar. Volteó a verla, tiritando de frío. Ella hizo un esfuerzo e hincó sus patas en el hielo. Pero esta vez no intentó saltar a lo concreto sino que se quedó allí, congelada, con todo el peso de su cuerpo hundido en el agua negra del lago. Antes del amanecer tuvieron que llevarse a Flamenca. Por la noche nació Catarina de su vientre. Al día siguiente estallaron la primera termonuclear, el mismo año que murieron cuatro mil personas por la “nube” en Londres.

DOS

En el abanico de mu Adame veía las cosas en los ojos grises de su abuelo, y su abuelo se había quedado dormido un instante con la mirada puesta en la carretera, una infame recta, larga como el invierno, cuando el pálido sol de la primavera comenzaba a declinar en el horizonte. De pronto sintió en la piel de su abuelo un golpe seco sobre la parrilla de la camioneta. El tirón del volante los despertó. Tal vez no a él sino a su abuelo. Frenó intempestivamente. Los perros atrás ladraban excitados. Bajó del vehículo y vio el animal herido. Un berrendo adulto yacía en el piso, imposibilitado, y lo miraba con sus tiernos ojos azules. Tenía dos manchas parecidas a unas patillas, como todos los machos que quedaban en la zona; el pelambre áspero del lomo, las patas y el cuello era un tanto abarilado. Llevaba franjas blancas en el cuello y desde los labios a las orejas y el anca. Sus cuernos negros sobrepasaban sus orejas y se proyectaban hacia atrás en dos puntas bifurcadas. Adame lo cargó y lo depositó en la caja de la camioneta, junto a los perros. Consciente de su suerte, el rumiante se dejaba hacer. Los perros no sólo estaban exaltados por las dimensiones del animal sino por el olor a sangre.

Pero una vez que reanudaron el camino, éstos se apaciguaron. Y cuando estaban a punto de llegar a la caña, donde Flamenca y su hija aguardaban su regreso, Adame vio por el espejo retrovisor la manera en que los dulces perros cazadores se habían recostado junto al animal herido, conservando caliente su cuerpo, parecido al antilope africano y a la cabra doméstica. Cuando descendió de la camioneta descubrió con sorpresa que el berrendo mantenía erguida la cabeza y miraba a su alrededor, curioso y expectante. Adame ordenó a los perros bajar del vehículo y encendió una lámpara. El animal mostraba una ligera protuberancia entre el surco y el testuz, así que dejó la puerta abierta con la esperanza de que durante la noche saltara y regresara al bosque. Comenzó a soplar el viento. Flamenca salió con una manta y la echó sobre el animal. Conforme la madrugada avanzaba, la cabeza del antilopino decaía cada vez más y su respiración se volvió inconsistente y agitada. Empezó a toser. Al llegar la nueva mañana, Adame descubrió el cuerpo rígido y frío en la camioneta. Había sobrevivido el invierno a las inclemencias del tiempo y a sus depredadores para nada. Una distracción, un pestañeo había hecho todo su esfuerzo inútil. Podía escuchar la voz de Flamenca que amamantaba a su hija diciéndole: "si serás...". Adame cargó al animal fuera de la camioneta y lo arrastró hasta el granero sólo para descubrir que el golpe le había roto una de las extremidades y, sin duda, le había hecho pedazos el estómago, el hígado y los intestinos, pues el animal había muerto ahogado en su propia sangre. Se había engañado al suponer que todo saldría bien porque el orgulloso berrendo había mantenido su cabeza a plomo el trayecto entero, como si nada hubiera pasado. Ahora compartían él y Flamenca una hija y la pena por la muerte de un animal veloz y antiguo. Empezaban a limpiar la sangre cuando una nevada tardía los obligó a suspender la preparación del cuerpo y salieron hacia la casa a refugiarse. Hicieron té de hojas y comieron pan con miel. Trataron de recordar la última vez que alguien había visto por las laderas empinadas de esas montañas un borego cimarrón. El mal tiempo se prolongó dos días, al cabo de los cuales pudieron salir nuevamente de la casa y decidieron ir al granero y enterrar al animal. Encontraron carroña y las huellas de un coyote atrevido.

TRES

La taza de café se enfriaba entre sus manos cuando vio cruzar una figura por la ventana.

Los perros ladraban de la manera que lo hacen cuando descubren la presencia de coyotes, con aullidos, una especie de risa falsa, sardesca, como si el pique fuera proclive. Adame se precipitó sobre la puerta y casi se tropezó con el animal aquel. Catarina salió detrás de su padre. Era un cervatillo, una hembra muy joven, que había saltado la cerca y buscaba una forma de escapar del enorme coyote que venía acechándola, muy cerca de sus huesos y, sobre todo, de su carne. El coyote se detuvo cuando vio aparecer un humano.

Los perros que venían detrás de él también se pararon en seco, amenazantes. Allí estaban todos, la joven hembra a punto de saltar la verja, Adame frente al coyote confundido, Catarina tomada de su pantalón y los perros ladrando con gran fuerza, enseñando los dientes filosos. La hembra no dudó un instante más y desapareció. El coyote reculó y los perros los persiguieron unos metros más. Pronto se cansaron de la empresa y retornaron alegres, trotando. <

